

IDEAS, PALABRAS Y HECHOS

Después de haber trazado la idea fundamental de nuestra iniciativa y de haber indicado sus propuestas pragmáticas, tenemos que considerar las acciones para desarrollar, las posibles reacciones y las reacciones contrarias con las que debemos allanar los obstáculos.

La idea comprende la percepción de los problemas materiales y la afirmación que de su reconocimiento y de su análisis, en un orden de prioridad objetiva, nace la voluntad de fijar unos objetivos y la posibilidad de encontrar soluciones dirigidas a producir efectos encaminados a determinar una evolución de la situación.

La propuesta, por lo tanto, tiene que indicar objetivos capaces de producir la voluntad de construir el futuro adoptando soluciones que tengan en cuenta el conjunto del escenario que se quiere cambiar.

La acción comprende la producción de los medios reales, su organización – la estrategia – y la práctica, es decir la manera de actuar, para realizar resultados visibles.

De las acciones expresadas hay que esperarse las lógicas reacciones, que en el fondo representan los obstáculos que se interponen entre los objetivos y los resultados.

Tales reacciones y tales obstáculos requieren reacciones contrarias adecuadas, capaces de mantener vivas las voluntades y las esperas de quienes, habiendo compartido los objetivos, participa en la realización de los resultados.

Entre idea, propuesta y acciones tiene que haber coherencia, aquella coherencia indispensable para producir los efectos que nos proponemos obtener de la realización de los resultados.

Todas las personas físicamente sanas perciben el problema de la hambre y todas, también los ascetas, no pueden no reconocer este problema como una necesidad primaria.

Si quien tiene hambre se pregunta porqué, la causa de la hambre podría resultar la percepción cerebral de la necesidad de nutrición, o la insaciabilidad excesiva debida a un defecto psíquico o a otra causa. Supongamos que sea la necesidad de nutrición.

¿Cuál es el origen de este problema? ¿Es la necesidad de transformar materia en energía o una fobia psíquica? Supongamos que sea la necesidad de producir energía.

La prioridad de la cuestión de la hambre está relacionada con el tiempo en que la necesidad es percibida. Supongamos que, en cierto momento, este problema sea prioritario. Excepto en caso de que, para quien no quiere vivir más, el problema hambre potencialmente puede volverse el primero a resolver cada vez en que todas las nutriciones asumidas se han transformado en energía.

Quien tiene hambre por efectiva necesidad física tiene un sólo objetivo: alimentarse. De este objetivo nace la voluntad de proporcionarse la comida, de cualquier manera. Y, si la vida fuese constituida sólo por la necesidad individual de vivir físicamente, no sería importante justamente de qué manera cada sujeto podría proporcionarse la comida. Cualquier solución encaminada a realizar ese objetivo sería eficaz, prescindiendo de los efectos de la solución adoptada. El más fuerte se saciaría mejor y por un tiempo mayor en relación a sus semejantes.

En cambio la vida no sólo es supervivencia física y, entre otras cosas, la supervivencia física no se obtiene sólo a través de la fuerza física. Para el ser dotado de razón compleja hay que considerar otros factores, entre ellos, justo, los efectos de las soluciones adoptadas.

Los efectos representan los estados en que los individuos, todos los individuos, antes de todo el universo, se hallan después de las acciones consiguientes a las causas que las produjeron.

Entonces debemos encontrar la solución que produzca el mejor efecto, es decir el mejor estado posible. Para satisfacer la hambre podemos producir, transformando recursos materiales en bienes de consumo para alimentarnos sin provocar como efecto la destrucción de los recursos naturales.

La solución es producir, el resultado es el bien – el producto – obtenido de la transformación de los recursos, los efectos tienen que ser al menos dos: alimentarse y poderse proporcionar comida incluso en futuro.

Para proporcionarse comida se tendrá que elegir los medios idóneos los cuales, si se está encaminado a producir el efecto antedicho, ciertamente no podrán ser las armas.

Entonces los medios se deben organizar y por fin utilizar. ¡Y el uso coherente del arado es el de roturar el terreno, no el de catapultarlo al terreno del vecino!

La solución, los medios y la organización adoptadas podrán ser emuladas por otros y mejoradas y, todos juntos, se actúa para producir la comida.

He ahí, ¡ésta es la cuestión! Las acciones tienen que ser coherentes con respecto de los objetivos y de los efectos que se quieren producir, es decir con respecto de la idea – de la solución ideada – pero también con respecto de cómo se declara querer utilizar los medios, es decir también con respecto de la propuesta.

Si entre idea, propuesta y acción interviene incoherencia, es decir si existe una doble solución – una efectiva y secreta, la otra oficial – los efectos no serán los esperados de la solución adoptada sino otros diversos.

Históricamente, se prueba que quien utilizó la técnica de la doble estrategia, justamente a través de la solución efectiva y secreta se impuso sobre los otros los que, en cambio, actuaron coherentemente con una solución oficial, a menudo propuesta por quienes se impusieron, luego, de otra manera.

Este concepto hizo la historia. Y no fue una historia de la que se pueda jactarse. Pero no es verdad que la historia fue hecha por los pueblos. La historia fue hecha por los jefes, por quienes que idearon y les propusieron a los pueblos unas verdades y adoptaron otras. Los pueblos sólo toleraron la historia, de la que no han podido nunca concienciarse plenamente.

Se necesitaba comida y alguien indicó la producción como el sistema para obtenerla. Luego usó las armas para robar a quien produjo la comida. Se necesitaba conocer y alguien indicó la manera para obtener información. Luego divulgó información falsa para tener poder. Se necesitaba enfrentar el miedo de la muerte y alguien indicó el sacrificio de la vida como un medio para obtener otra vida tras la muerte. Luego utilizó el sacrificio de los otros para sacar ventaja de éste. Alguien más afirmó la importancia de la ética y de la moral para alcanzar la felicidad. Luego utilizó todo artificio para sobresalir.

Por eso la historia no está hecha de cambios reales.

Prácticamente aquella entidad – el estado – ideado para permitirnos convivir y al que, con la llegada de la democracia, encomendamos la tarea de proponer las reglas, formuló ideas, las propuso a los pueblos, que eligieron.

Pero, entretanto, la misma entidad actuó de manera diferente de sus mismas propuestas, para realizar su éxito sobre los pueblos.

Así, siempre se ha impuesto quien ha propuesto algo y ha hecho otro, y no se ha impuesto nunca quien ha pensado, propuesto y actuado coherentemente. Éstos son, desgraciadamente, los hechos. Si buscamos de nuevo la causa originaria por la cual las cosas han marchado así, a lo mejor percibimos la hipótesis de que lo existente imperceptible antes del origen – que se puede asumir, incluso físicamente, como energía pura, sin espacio y sin tiempo, en el estado de máxima sencillez – tuvo la necesidad de evolucionar, justo en el espacio y con el tiempo, en relación a una situación pre-inicial imperfecta.

Si la causa originaria fue la necesidad de superar la imperfección es lógico que las causas, las fuerzas, las acciones y los efectos pueden haber sido y aún ser imperfectos, hasta que sea alcanzada la perfección. Y todo lo que se mueve dentro de esta concatenación no puede ser sino lógicamente imperfecto para producir resultados.

¿Y entonces qué hacer? Si la incoherencia entre pensamiento (idea), su manifestación (propuesta) y hechos (acciones) produce resultados mayores en relación a la coherencia, para producir efectos no podemos actuar sino en la incoherencia. Pero sabemos que la acción incoherente produce resultados de efecto cíclico, es decir efectos que resienten la incoherencia entre acción, propuesta y idea. Por lo tanto todo queda concatenado con la causa originaria: la necesidad, justamente originaria, de superar la imperfección por medio de una concatenación de necesidad – o causas, es decir imperfecciones y errores – sucesivas, de fuerzas imperfectas y de acciones imperfectas, las cuales no podrán producir sino efectos imperfectos hasta que el último efecto no produzca más una causa sucesiva y asuma el estado de máxima complejidad y, por lo tanto, de máxima inteligencia. Pero un tal estado, permaneciendo la actual concatenación, no podrá ser sino al final del tiempo y del espacio.

El único acontecimiento capaz de modificar esta concatenación podría ser un efecto incidente, causado por una singularidad. Si de un efecto de esta concatenación naciera una causa (una necesidad) ilógica (o atípica) con respecto del mismo efecto, de esta causa atípica podría nacer un nuevo efecto y se tendría una concatenación paralela: una concatenación atípica. Pero tampoco eso es suficiente. Ya ha ocurrido que alguien se ha aislado del resto, pero el resto ha quedado como era, como siempre.

Esta causa atípica tiene que encontrar primero la fuerza para salir de la concatenación típica, luego encontrar la fuerza para realizar acciones, luego producir efectos atípicos y, por fin, orientar un efecto típico incidente hacia el efecto de la concatenación típica, fusionándose con éste y dando lugar a un nuevo sistema, a una nueva evolución. Nunca ha ocurrido algo de ese tipo entre los hombres, porque no ha existido nunca un estado de tal complejidad como para producir una singularidad dotada de fuerza para salir de la concatenación típica (o lógica, respecto de la causa originaria), de fuerza para producir efectos y de fuerza para reconectar con los efectos de la concatenación típica, para modificarla irreversiblemente.

Ésta es nuestra única posibilidad: los efectos de una singularidad. Una posibilidad que hoy es más probable que en pasado, justo por el estado de complejidad alcanzado por el género humano con la razón.

Nos preguntaremos cómo podría acabar la cosa de otra manera. La respuesta es simple. La perfección es la finalidad de la energía pura inicial y la materia – energía, espacio y tiempo – es el medio para realizarla. Teniendo en cuenta que una evolución ha habido hasta el momento, podemos considerar probable que habrá incluso en el futuro. Resulta, es decir, ineluctable la perfección al final del tiempo y del espacio. Sin

embargo se trata de prever el precio de eso. ¿Cuántos otros sacrificios, cuánto dolor, cuáles otros precios, justamente, tendrán que ser soportados antes de que se realice el fin último por el que, probablemente, existimos?

Es en este escenario que nace la necesidad de acelerar los tiempos, es decir de producir efectos multiplicados en el tiempo, de manera que se eviten ciclos de acontecimientos no indispensables para la evolución. Para conseguirlo por medio de una serie de efectos incidentes, habrá que tener en cuenta un complejo de acontecimientos probables. El primer acontecimiento está en el interior de la concatenación y está representado por la causa – o por la necesidad – producida por el desequilibrio en el que se halla el estado – o el efecto – precedente. De esta causa nace la fuerza para producir acciones cuyos efectos están encaminados al reequilibrio. De tales efectos nacen otras necesidades, fuerzas, acciones y efectos, siempre lógicos – o causales, o típicos – respecto a la causa originaria.

Pero, si del efecto de una acción naciera una causa atípica, de esta causa nacieran una fuerza atípica, una acción atípica y efectos – es decir estados – atípicos.

De la causa atípica podría nacer una concatenación atípica y las dos concatenaciones – la típica y la atípica – podrían evolucionar paralelamente.

¿Cuál puede ser esta nueva causa? Hay que tener en cuenta que ésta misma nace de una causa, de una necesidad originaria, que deriva de un estado imperfecto, aun en equilibrio inestable. Ahí está el concepto de la singularidad, que físicamente fue supuesto como casual y no causal. Una singularidad nace de un estado de mayor complejidad respecto a los estados precedentes en relación al tiempo. De un acontecimiento semejante nació, tras un millardo de años de la formación del planeta Tierra, la vida. Y eso fue demostrado en laboratorio.

La vida por lo tanto es el efecto de una acción – una reagregación – producida por una fuerza – la voluntad de reequilibrio – que nace de una singularidad – la necesidad de reequilibrio – que deriva de un ambiente complejo en que fue producido un efecto de desequilibrio.

También la razón podría tener el mismo origen. Una vez que la vida ha alcanzado un estado de elevada complejidad, se creó un elevado desequilibrio y, consecuentemente, una causa, una fuerza y unas acciones dirigidas a producir la razón como efecto.

Pero han quedado dentro de la cadena evolutiva los síntomas de la causa originaria que, respecto a la razón como nuevo efecto, pueden ser representados por los instintos.

De esta simbiosis entre causalidad y singularidad nacen los ciclos, o porque la singularidad es dentro del sistema, o porque la singularidad queda fuera del sistema, dando lugar a un sistema paralelo.

¿Qué ocurriría si, en cambio, una singularidad produjera una causa externa y esta causa orientara sus efectos hacia el sistema del que nació la singularidad? Habría dos singularidades. La primera, como supuesto por los físicos, casual, la segunda ciertamente causal, en el sentido de que mientras que la primera es motivada por una situación pasada, la segunda es motivada por la percepción del potencial objetivo futuro.

En este punto entra en juego esta teoría. De la máxima desvinculación respecto al pasado y del máximo vínculo respecto al futuro.

Pero la desvinculación respecto al pasado es posible sólo si el pasado es reconocido como verdad efectiva y no como verdad histórica. Si el pasado, mejor su origen, es

juzgado de manera trascendente respecto a lo perceptible (Dios como ser trascendente respecto al universo perceptible), nosotros sólo podemos suponer un futuro dependiente del pasado que fue creado por el ser trascendente, de cuyo pasado no conocemos ni el origen, ni la causa, ni los objetivos, mientras si el origen del pasado es juzgado inmanente, es decir avanza con nosotros y está dentro de nosotros, entonces podemos identificar la causa y el origen de lo perceptible, es decir del pasado y, lógicamente, imaginar los objetivos.

Desde el momento en que imaginamos origen y causa, podemos imaginar los objetivos y podemos hacer causal la singularidad. Podemos, es decir, orientar una singularidad hacia la concatenación de la que nació la misma singularidad.

Volvamos sobre la naturaleza de la singularidad. Ésta nace casualmente de un estado complejo en desequilibrio. De un estado de ese tipo, un sujeto muy atípico respecto a la concatenación puede alcanzar un estado de estabilidad. No de equilibrio, sino de mayor estabilidad respecto al sistema. Nace por eso un conflicto entre el estado del sujeto más estable y el estado general de la concatenación. En cierto momento, el sujeto que se encuentra en el estado más estable se da cuenta de que su estabilidad entra en conflicto con la inestabilidad general y es inducido a escapar del sistema. De este conflicto nace la singularidad humana.

Supongamos a un hombre que se encuentre en un estado de máxima felicidad – una felicidad relativa – respecto del sistema en el que vive. El máximo de felicidad relativa no es la máxima felicidad posible. Y ese hombre se da cuenta de que su felicidad está supeditada a la infelicidad de los otros. Percibe y reconoce esta situación y, de esta constatación – o percepción – nace, si reconocida, una singularidad.

El primer objetivo de aquel sujeto será el de estar fuera del sistema, luego se dará cuenta de que el sistema le condiciona también del exterior, en sus estados emotivos, en su conciencia. Y ahí se fijará el objetivo de modificar el sistema del que procede, con un acto de voluntad y, por lo tanto, de fuerza hacia el futuro.

Se dará cuenta de tener que adquirir la máxima fuerza para resistir fuera del sistema, para producir acciones diversas de las que hubiera desarrollado dentro del sistema y, si percibe la necesidad de modificar el sistema típico tratará de construirse la máxima fuerza para poder incidir en éste.

Pero el sistema típico va por su lado. La fusión entre efecto típico y efecto atípico es el resultado de dos fuerzas: la típica y la atípica. Y estas dos fuerzas son muy independientes la una de la otra. En sustancia, aun habiendo una fuerza atípica exterior capaz de orientar los efectos de sus acciones hacia el efecto típico, la fusión de dos efectos es significativa sólo cuando entre las dos fuerzas hay compatibilidad.

La compatibilidad está relacionada sobre todo con la consideración de la verdad sobre la causa originaria y sobre las causas típicas sucesivas. Si se asume que antes de cuanto hoy percibimos hubiera la nada, es natural que se busque una entidad creadora de la nada. Si, en cambio, se considera, como parece científicamente probado, que lo que percibimos es la evolución de la energía con el tiempo y en el espacio y se reconoce que en el momento cero – antes del tiempo y, consecuentemente, antes del espacio – podía existir sólo energía pura, entonces se puede deducir que fue la energía que creó el espacio y el tiempo.

Muchos se preguntarán, entonces, quién haya podido crear la energía pura. Se podría responder que la energía fue creada por Dios pero, en el mismo tiempo, se preguntaría quien creó a Dios. No olvidemos que la “solución” Dios, como respuesta a los dos interrogativos sobre el origen y sobre la causa del todo, ha sido hasta ahora una solución imaginada en base del todo amorfa de la ciencia. Prácticamente, para

responder a la pregunta sobre quien creó – ahí el origen – lo que percibimos de la nada fue inventado Dios, mientras que para responder a la pregunta sobre el porqué creó de la nada – porque existe algo antes que nada – se propuso el axioma de la finalidad secreta y incomprensible de Dios.

Si a la primera pregunta – quién creó de la nada – se contestara que lo que percibimos no fue creado de la nada sino de la energía pura pre-existente en el tiempo y en el espacio y a la segunda – porqué se creó de la nada – se contestara que existía por parte de la energía pura la necesidad de evolucionar – y que la solución no podía ocurrir sino por medio del espacio y del tiempo, se modificaría nuestro juicio sobre el origen pero también sobre la causa originaria. De tal manera, todo lo que procede de nuestra concepción sobre la causa originaria resultaría “revolucionado” y podríamos atender al futuro desde un diverso ángulo. El único interrogante aún sin respuesta sería el origen de la energía pura. Pero, atendiendo a la respuesta, cualquiera que pueda ser ésta, de carácter extra-temporal y extra-espacial – por eso no un acontecimiento – nosotros sólo podemos imaginar poderla encontrar al final del tiempo y del espacio, es decir al final de la evolución.

El juicio sobre la causa originaria se puede asumir, por lo tanto, como elemento condicionante de la concatenación típica, de la que se originan otras causas – o necesidades – de carácter material y espiritual. Piénsese en el juicio sobre los aspectos sociales, civiles, políticos, económicos y morales ínsitos en la concatenación típica. Todos esos aspectos forman parte de nuestro pasado, del presente y del futuro previsible. Y es lógico que modificando el juicio sobre la causa originaria se modifique también el sobre las causas, es decir las necesidades, sucesivas.

Habría que incidir en la memoria histórica de los juicios sobre las causas pasadas y habría que hacerlo con acciones atípicas. Tales acciones atípicas podrán modificar los efectos – los estados – de la concatenación típica para producir, en el interior de ésta, causas, fuerzas, acciones y efectos modificados. Las dos fuerzas – la típica modificada y la atípica – resultarían bastante compatible como para producir acciones sinérgicas dirigidas a la fusión de los efectos exteriores con los interiores a la concatenación.